

Simón Bolívar, «ese hombrecillo vanidoso...»

Juan Ramón de Andrés

«*Simón Bolívar, el canalla más cobarde, brutal y miserable*».
Karl Marx, carta a Engels de 14-II-1858

«[los colombianos] *prefieren vivir en falso antes que cuestionar los mitos fundacionales... les ruego que busquen la verdad de entre el inmenso pantano de porquería a que la historia oficial nos tiene acostumbrados*».

Evelio Rosero, *La carroza de Bolívar*

En 1958, la *New American Cyclopaedia* encargó al padre del materialismo histórico un ensayo biográfico sobre Simón Bolívar (Caracas, 1783-Santa Marta, 1830); cumplido el encargo, se publicó en inglés un opúsculo sobre el dictadorzuelo oportunista y demagogo en el tomo III de la citada enciclopedia bajo la voz Simón Bolívar. Fue traducido al español en 1951 por Ediciones Sequitur. Marx se documentó exhaustivamente y, muy en concreto en *Estudios sobre la vida de Bolívar (1925)* del profesor universitario de Historia de América, José Rafael Sañudo (1872-1943), natural de Nariño, concretamente pastuso (1).

En aquella lejana época de mis estudios sobre América en la Universidad de Santa María de la Rábida. —«*De sol a sol navegando voy / como Cristóbal Colón / cuando La Rábida corro / y en un chinchorro de erudición*» (2)—, ya tenía un recelo y verdadera antipatía hacia el traidorzuelo y mendaz criollo, por lo que los estudios y opiniones irreprochables de Sañudo y sobre todo los dictérios del gran Marx, han caído en terreno bien abonado;

«*Mayas, chibchas, chichimekas, / quechuas, toltekas y guaraníes*»

Un poco a la pata la llana, pero podemos condensar en un

breve diálogo las posturas que sobre la independencia americana mantienen el criollo de orígenes peninsulares más o menos aristocráticos entreverado de cierta negritud, «*el tercer abuelo paterno de Bolívar tuvo relaciones con una negra de su servicio llamada Josefa, de quien nació María Josefa, cuya hija, Petronila, se casó con el abuelo de Bolívar*»; un revuelto de razas como todo quisque en Iberoamérica.

«*Recuerdo a Las Casas, Alonso de Ojeda*».

El criollo interpela al gachupín (3) acomodado y «con posición» en el Nuevo Mundo:

—«*Oye, quítate tú de donde estás para que me ponga yo; y, por supuesto, a los indios, negros, mulatos y cholos, sobre todo a los indios, campesinos, braceros y obreros, esclavos, criados o siervos, ¡que les den morcilla!*».

«*Ay pobre indio americano / cuanto se aprovecharon de ti / encomenderos indios / y franciscanos de mal vivir*».

Muy simplista, pero no otra cosa fue la actitud de Bolívar frente a los poderes constituidos del Imperio español, allí a lo lejos, muy lejos, al otro lado del charco.

Y... ¡para que te pedas llevando el cirial!, el «listillo» caradura, no duda en llamarse a sí mismo «*Libertador*» (¿?), aun cuando después, el título se lo acreditara el Cabildo de Caracas: ¡tarde!. En todo caso, descubre su verdadero y espurio interés: el poder. «*Y luego otra vez el poder y así sucesivamente hasta el infinito. Nunca pensar en las auténticas necesidades del pueblo*» cuando su único verdadero y vanidoso plan sería «*coronarse monarca de los Andes*».

Fray Bartolomé de Las Casas, Alonso de Ojeda / Domingo de Soraluce y Paco Pizarro.

Empero, aclaremos cuándo y cómo acaeció mi hallazgo de la verdad histórica de los actos y hechos ejecutados por el

cobardón criollo. No fue labor callada de ratón de biblioteca, aun cuando no escondo esa oculta afición, sino casualidad o coincidencia, si es que se puede llamar así a esa mi afición indesmayable a la lectura del género literario «novela» y, consecuentemente, a la búsqueda exhaustiva de novedades, sólo buenos títulos, en anaqueles de librerías de rango o en los Listados de últimas obras publicadas en las Editoriales de calidad.

«¡Navega tolteka, /
Navega aymara! /
¡navega en piragua!»

De un novelista fuera de serie colombiano, de quien conocía su novela *Los ejércitos*, Evelio Rosero, destaqué la antes citada *La carroza de Bolívar*, novela.

Sí novela, de una vez por todas.

Personalmente, tengo la completa convicción de que el relato por excelencia, la novela, encierra virtudes superiores al mero solaz de la lectura y a la formación del lector, cuales son, el conocimiento más exacto de la realidad de unos determinados hechos históricos y geográficos mucho mejor y más rápido que el estudio de los hechos desnudos y fríos que, como un sumario, aportan los manuales y libros de Historia; porque la ficción ofrece muchos ambientes, actitudes y fenómenos, costumbres, usos y un largo etcétera que se le escapan al mero relato puro y duro de datos y actuaciones; así lo atestiguan innumerables ejemplos es más fácil y rápido conocer la Gran Bretaña victoriana a través de las grandes novelas de Dickens que recurrir al relato escueto y circunstancial de los historiadores profesionales, lo mismo que, entresijos de las guerras e intrigas napoleónicas los descubrimos «antes y mejor» leyendo a Stendhal (*La cartuja de Parma*) o Tolstói (*Guerra y paz*).



Bolívar: «el Napoleón de las retiradas» (Evelio Rosero)

Pero, dejemos los sin duda excesivos ejemplos y aportemos opiniones de creadores de ficción y/o novelistas. El guionista y director cinematográfico Pasolini se considera escritor de cine (ficción, claro, frente a los géneros «no ficción»), «*alguien que trata se seguir todo lo que sucede, de conocer todo lo que se escribe, de imaginar todo lo que no se sabe o se calla...*»

El conocido novelista Antonio Tabucchi, en esa misma dirección, reafirma aún más: «*la literatura (novela, cuento, drama y comedia) es una forma de conocimiento a través de la escritura*».

Ahondando en este sentido, algo más que ambos transalpinos, contamos con el parecer de Javier Marías en el esclarecedor epílogo de su novela *Cuando estés en la batalla piensa en mí* del que, dado su longitud, solo recogemos unos párrafos: «*El hombre —quizás mas la mujer— tiene necesidad de algunas dosis de ficción... necesita conocer lo posible además de lo cierto, las conjeturas y las hipótesis y los fracasos además de los hechos... y me atrevo a pensar que es precisamente la ficción la que nos cuenta eso o nos sirve de recordatorio de esa dimensión a la hora de explicarnos nuestra vida. Y todavía es hoy la novela la forma más elaborada de ficción, o así lo creo*».

Sin embargo, donde más claro se explicita esta idea es en la respuesta a una entrevista realizada el día 1 de febrero del pasado año 2012 al ya mencionado novelista colombiano Rosero (el subrayado es nuestro).

Pregunta el periodista: —«*Sr. Rosero: ¿Me recomienda algunos libros (historia, cultura) para que entienda mejor la América que habla español?*».

Respuesta: —«*Las mejores obras para entender la historia y la cultura son las de sus novelistas, y no las de sus historiado-*

Diploma de la Universidad Hispano-americana de Santa María de la Rápita



res. Recomiendo por eso para las Américas a Vargas Llosa, La Fiesta del Chivo, los mismos Cien años de Soledad...».

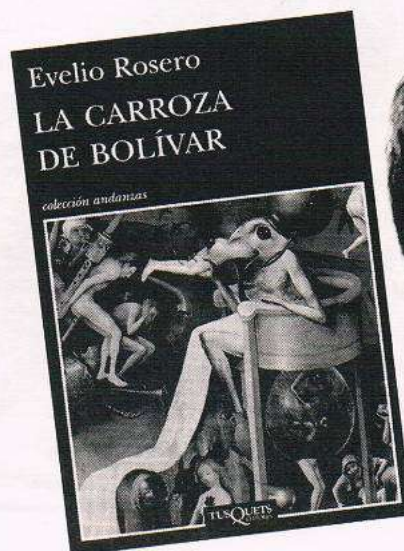
Aquí radica la grandeza del género literario postergado en general por sesudos lectores entrados en años, por tanto coetáneos del que suscribe, cuyos gustos a la par que abandonan el placer de la ficción, hacen derivar sus lecturas hacia la historia, las biografías, los viajes, la ciencia-ficción, la ensayística, etcétera, etcétera.

Y esta característica de la novela en general, la vamos a encontrar en concreto y de forma clara, precisamente en esa novela a la que nos hemos referido líneas arriba, *La carroza de Bolívar*.

En esta preciosa obra de ficción nos enfrentaremos a dos hilos narrativos muy diferentes y mas o menos superpuestos según la habilidad del autor: el primero, el que supone el relato de hechos, actitudes y peripecias de la realidad pasada hace algunos años por el insurgente Simón Bolívar. La segunda vertiente narrativa constituye la verdadera obra de ficción y es donde el novelista se embarca en un relato inventado y localizado, en principio, en la localidad de Pasto en el final del año 65, pero muy en concreto entre los días que van entre los Inocentes de ese diciembre y el siguiente día 6 de Enero de 1966: el Carnaval con sus mojaduras, borracheras y desfiles de carrozas, sustentado en personajes de carne y hueso, los pastusos, con sus cachondas etopeyas y peculiarísimas idiosincrasias, con sus protagonistas, el Dr. Pastor Proceso y, su consorte, la atractiva y sensual Primavera que lo desprecia: Dr. Jumento; y el amigo de éste, fundamental en la trama, un remedo del profesor Sañudo, también Catedrático de Historia, Arcaín Chivo.

El escritor está en sus anchas, pero en ambos discursos, pues el oficio de novelista pesa mucho y en el relato histórico de

Evelio Rosero y su libro sobre Simón Bolívar



la peripecia del insurrecto más in se desenvuelve con gracejo si fuera preciso y con amenidad en todo caso, así cuando el criollo tergiversa los hechos y presenta como victorias propias las que fueron de otros caudillos insurgentes. Santander, Sucre o los propios comandantes pastusos, Páez, Mariño, el mulato Piar, gran estratega, fusilado por el «hijueputa» Bolívar pero no por estorbar sus propósitos protagonistas ni por motejarle como «Napoleón de las retiradas», después repetido por Sañudo, sino por el color de su piel y la suspicacia bolivariana de pensar en una posible pardocracia (4). O bien, cuando maquilla desastres bélicos, Morillo, Monteverde, Boves, o fusilamientos arbitrarios, Padilla, el citado Piar, o camufla como livianos líos de faldas, lo que fueron lacerantes abusos y agresiones sexuales, ahí está la abuela Hilaria Ocampo y su nieta la bellísima Fátima con su final inesperado, porque el malcriado pendejo superó a Fernando VII en cuanto a «cómo se las ponían». El envanecido y siniestro criollo estuvo más preocupado por montar un tinglado para su sucio y torpe regodeo dirigido por el más hábil de sus hombres que en preparar un buen cuerpo de ejército. Así, ese montaje se dedicaba a la elección y búsqueda agotadora de las mujeres más hermosas, jovencísimas, como apunta Rosero, «no se debería decir mujer sino criatura, cría, núbil, retoño, párvula, bisoña, infantil, carne pura», para sus festivales sexuales, viscosas carnicerías, auténticos infanticidios.

Si alguna constante del fermento venezolano deberíamos señalar, sin duda que es, de una u otra forma, la vanagloria. Se considera el *alter ego* de Napoleón en el Nuevo Mundo y afirma que: «los tres más insignes majaderos de la humanidad hemos sido Jesucristo, el Quijote y yo». ¡ Ahí es nada!

Quería todos los éxitos sólo para sí; ordenaba parar la batalla casi ganada de cualesquiera de sus comandantes hasta su

llegada para apropiarse de la victoria, su atrabiliaria vanidad apenas ocultaba ostentosas pérdidas de combates, las «españolas» y humillantes huidas, las múltiples y vergonzantes retiradas, etcétera y etcétera.

Escribe a San Martín: «[Yo]... iré a quebrantar cuantas cadenas encuentre en los pueblos esclavos que gimen en la América Meridional...». «Yo, iré a Perú a abrazar a los hijos del Sol...».

Esa sed vanidosa apenas mitigada con la pirámide levantada en Pichincha en cuyo frente se leía: «Los hijos de Ecuador a Simón Bolívar, el ángel de la paz y la libertad americana» se aplacó en una ocasión al menos: cuando consigue poner su nombre en ese último territorio del imperio español al sur de Perú: «Bolivia / Bolívar...», aunque, claro, a todo hay quien que gane, ¡otro «espabilado», mas listillo que nuestro personaje, hurtó al descubridor Colón la gloria de dar su nombre al nuevo mundo, y por supuesto a Simón Bolívar que ¡llegaba tarde!, a lo que hubiera sido su gran paso a la posteridad troquelando: «Nor, Centro y Sud Bolívar o Bolivia»; les pisó el terreno el típico «aprovechategui» (5): ¡Vespucio!, Américo de nombre.

Por contra, el otro libertador americano, el porteño San Martín, muestra un perfil más humano y normal que el ambiciosillo «presidente» vitalicio del total de la América española, lo mismo da monarquía que dictadura, que, de momento se distancia a su favor del venezolano por no aspirar a pendejadas vanidades.

En todo caso, es preciso dejar claro que, a pesar del impacto instantáneo de la impronta de los estudios del profesor Sañudo y de los ácidos dictérios de don Carlos Marx, Evelio Rosero novelista le gana la partida al Evelio Rosero narrador de la verdad bolivariana, esa verdad que, a ojos del honrado y exhaustivo investigador Sañudo es justamente una cruel paradoja:

«La **verdad** de los hechos históricos es precisamente lo contrario, es la **mentira**» (el subrayado es nuestro).

Busto de José San Martín quizá, el verdadero «libertador»



NOTAS

- (1) «Pastusos»: nacidos en Pasto, capital del distrito de Nariño; tienen una peculiar idiosincrasia que el reto de los colombianos humoradamente desprecian o se burlan de ella.
- (2) Los fragmentos en cursiva intercalados en el texto pertenecen al Himno o Canto de los alumnos de la Universidad de La Rábida.
- (3) «Gachupín»: (Despectivo) Español establecido en América.
- (4) «Pardocracia»: de «pardo», oscuro, marrón, negro, y «cracia», o sea, predominio o gobierno de los negros y mulatos.
- (5) «Aprovechategui»: Palabra muy común en Pamplona y la Montaña, recogida por Iribarren en el *Vocabulario Navarro*; dicese del aprovechado, del vivo, del que no pierde ocasión de lucrarse indebidamente de algo ajeno y bueno. ■■■